



Director-Propietario: BENIGNO VARELA

Se publica los sábados.

Número atrasado 10 céntimos.

Número del día 5 céntimos.

AÑO III

No se devuelven los artículos y fotografías que nos manden espontáneamente y no se publiquen.

Madrid, 11 Octubre de 1913

Toda la correspondencia debe ser dirigida al DIRECTOR-PROPIETARIO

Núm. 136

Redacción ***

*** y Administración

Calle Recoletos, 2 dpd.

TELÉFONO 3.415

APARTADO 408

Los giros á cargo del

suscriptor *** Tarifa de

anuncios en la octava

*** plana ***

*** Pagos adelantados ***

Mr. Raimundo Poincaré, fué aclamado en Madrid.

Del carnet de un periodista.

El Presidente francés ha sido recibido con un gran entusiasmo por Madrid. ¿Lo podrá negar alguien? La verdad es la verdad, y las palabras de ciertos periódicos de oposición son otra cosa. Frente á palacio la muchedumbre ovacionó á Poincaré con unánime cordialidad. El que estuvo presente en aquellos momentos conservará de ellos un recuerdo perdurable de íntima, de profunda, de verdadera emoción. Era el pueblo que tributaba al Presidente del vecino Estado el homenaje de su afecto sincero. Madrid recibió á Poincaré con cariño del fondo del alma. Francia estará satisfecha de la hidalguía española, de la hidalguía castellana, de la hidalguía madrileña.

Poincaré ha sido el tema de todas las conversaciones, ha constituido la actualidad entera de Madrid, y siempre se ha hablado de él con cariño. Puede estar contento de esta tierra Poincaré. Puede acordarse toda su vida de este viaje á España. España ha sabido recibirle: dignamente.

El día de la llegada del Presidente de la República francesa suspendiéronse las oficinas del Estado, las clases de los centros de enseñanza pública, fué un día de fiesta para Madrid. Y Madrid salió á la calle á recibir al insigne viajero. Lástima que el tiempo fuera tan desapacible, tan lluvioso, tan molesto. Pero á pesar de la dureza del día, á pesar de la lluvia insoportable el entusiasmo popular fué el mismo, un entusiasmo hondo y sincero. Aunque hubiese sido mejor—claro está—un bello día de sol deslumbrador, de este sol espléndido que suele lucir siempre en Madrid haciendo tan maravilloso su cielo, comparable á los cielos de Niza, del Cairo, de Sevilla, de Nápoles. Llovió, y si con la lluvia fué tanto el entusiasmo: ¿qué hubiese sido si en lugar de llover la mañana del martes hubiese amanecido un día de sol magnífico como tantos y tantos días amanece en Madrid?

Y no sólo fué Madrid, sino España entera, porque estos días ha aumentado de modo verdaderamente considerable la población flotante, el número de forasteros de todas las regiones de la nación, que, unido á la gran cantidad de franceses llegados también con motivo del viaje de M. Poincaré, ha hecho crecer extraordinariamente la actividad y

el movimiento en las calles, teatros, círculos, cafés, etc., etc.

El cronista, que gusta de recorrer la ciudad desde los sitios más aristocráticos á los más humildes, estudiando de cerca los latidos de la sociedad para sus observaciones y sus trabajos literarios, ha dado estos días varios paseos por los distintos barrios de Madrid, y en todos ha notado el aumento de gente y el entusiasmo hondo por el viaje del Presidente francés. No digamos las úl-

chedumbre era tan compacta que constituía realmente una masa humana. Ibamos apretados, nos aplastábamos unos transeúntes con otros. Nunca hemos presenciado una cosa así. Eran chicas las grandes calles céntricas para contener la multitud enorme.

No es nuestro intento relatar las fiestas con que S. M. el Rey, el Estado y el Ayuntamiento madrileño, además de otras entidades, han agasajado al respetable y digno viajero. No es este un

signe viajero fué un éxito tal, que en pocos momentos se nos agotaron hasta siete ediciones, cada una de varios miles de ejemplares. En verdad que no hubo ningún otro periódico que publicara—como lo hizo éste—una cuartilla del propio Poincaré, así como pensamientos de los ministros franceses y españoles y los más grandes periodistas franceses, los directores de esos importantísimos rotativos de influencia y prestigio europeos, mundiales. Perdónenos el lector este pequeño autobombo en gracia á la verdad que encierra. Nuestro último número fué un triunfo periodístico casi sin precedentes. Así lo están demostrando las felicitaciones que no cesamos de recibir con motivo de su publicación.

He aquí las breves notas del «Carnet de un periodista».

Alberto de Segovia.

Un éxito de LA MONARQUÍA

Fuó verdaderamente inmenso el de nuestro número extraordinario dedicado á la visita del dignísimo Presidente de la República francesa M. Poincaré. Tiramos SETENTA Y CINCO MIL ejemplares en SIETE EDICIONES, que el público iba arrebatando de las manos de los vendedores. Ha sido un éxito periodístico sin precedentes.

Las felicitaciones que hemos recibido con este motivo han sido numerosísimas.

Muchos periódicos han hablado con elogio de nuestro número. A todos ellos les agradecemos vivamente su atención, y en especial, á nuestro querido colega ABC por sus cariñosas palabras.

A todos los que nos han escrito sobre el particular les damos las más expresivas gracias. Realmente estamos satisfechos de nuestro número extraordinario.

Nos complace en alto grado que algunos periódicos hayan seguido nuestras huellas, aunque seguramente por falta de tiempo no hayan resultado sus informaciones tan completas como la nuestra.

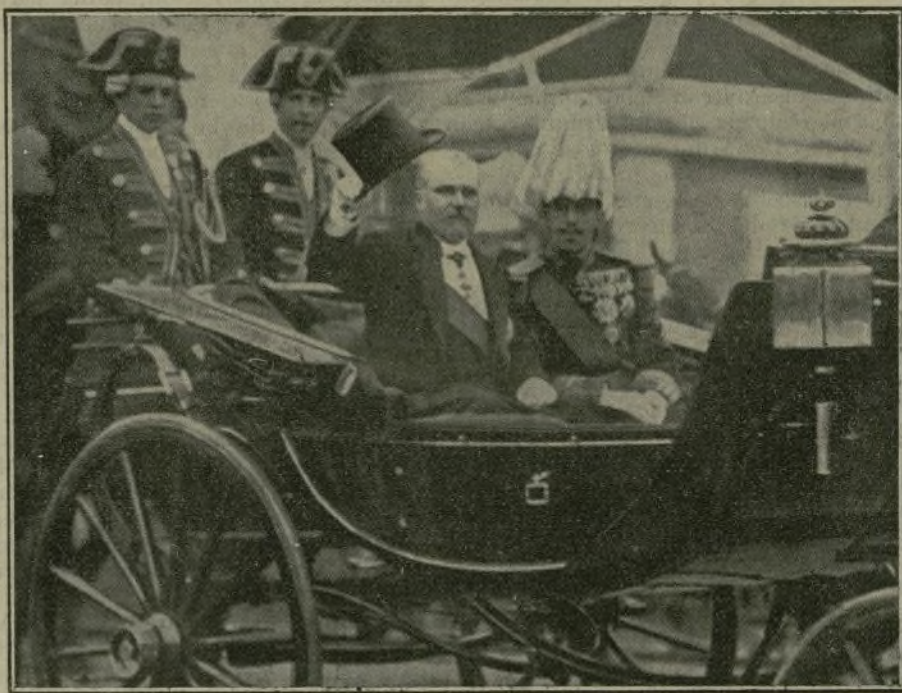
Pocas veces se ha dado el caso de que haya sido tan grande el éxito de un periódico como lo fué el de LA MONARQUÍA en su número dedicado al viaje de M. Poincaré.

Nuestra encuesta, encabezada con los renglones del propio Presidente de la República francesa ha continuado la serie de informaciones de este género que abrigamos en nuestra colección.

Las encuestas militar y política de LA MONARQUÍA, las que publicamos con motivo del último atentado contra S. M. el Rey Don Alfonso XIII, todas ellas acreditan nuestra labor periodística, orientada siempre en un amor muy profundo y cordial á la Patria y al Rey.

El último triunfo de LA MONARQUÍA nos llena de orgullo. Reiteramos nuestra gratitud más sincera á los que, colaborando en sus páginas, contribuyeron á él. Y al público nuestro más constante y cariñoso favorecedor.

ENTRADA DE POINCARÉ EN MADRID



El Soberano español y el Presidente de la República, saliendo de la estación del Norte.

timas noches por la Puerta del Sol y calles de Alcalá, Sevilla, Carrera de San Jerónimo, Carretas, Montera, Arenal y Mayor. Las iluminaciones de los edificios oficiales y las casas particulares—Bancos, comercios, etc., los pregones de retratos de Poincaré, de medallas, de postales, de periódicos franceses, manifestaban bien á las claras la causa del inmenso gentío. Materialmente no podía darse un paso. Esta vez, lo de que «no podía darse un paso» no era únicamente un tópico, una frase hecha sin contenido é inexasta como suele serlo en la mayor parte de las informaciones periodísticas que emplean ese lugar común. Esta vez no es exageración decirlo, sino realidad, y realidad evidéntísima é incuestionable por tanto. Caminábamos á empujones, la mu-

artículo en el que queramos resumir el viaje de Poincaré. Tratamos sólo de trasladar á estas páginas nuestras impresiones, recogidas en la calle. Tratamos sólo de reflejar aquí el entusiasmo popular que ha producido la venida del Presidente de la República francesa.

El viaje á Toledo ha sido también para Poincaré una demostración evidente del entusiasmo con que se ha recibido en nuestro país al Presidente de la República francesa. Así como la recepción palatina, á la que fué D. Gumersindo de Azcárate—el prestigioso y respetable diputado republicano—, y las demás fiestas que han integrado el programa de la estancia en la corte española de M. Raimundo Poincaré.

Nuestro número extraordinario publicado el mismo día de la llegada del in-

Ayuntamiento de Madrid

El Presidente de la República francesa EN MADRID

D a 7.

A las ocho y media de la mañana empezaron a salir de sus cuarteles las tropas que debían cubrir la carrera desde la verja de la estación del Norte, paseo de San Vicente y calle de Bailén hasta la puerta central de la plaza de Armas de Palacio.

La guardia exterior de Palacio la daba un batallón del regimiento del Rey, que relevó a las ocho de la mañana a las tropas de Ingenieros que habían prestado el servicio de noche, y una sección de Lanceros.

A las nueve empezaron a llegar los grandes de España, damas de la Reina y mayordomos de semana.

La primera persona de la Familia Real que llegó a Palacio fué la Infanta Doña Isabel, á quien acompañaba su dama, la señorita Juana Bertrán de Lis.

Acudieron después sucesivamente los Infantes Don Alfonso y Doña Beatriz, el Infante Don Fernando, con su ayudante el duque de la Victoria; el Infantito Don Alfonso de Borbón, con su profesor; los demás Infantitos hijos del Infante Don Carlos, y la Infanta Doña Luisa; esta última acompañada de la marquesa de Aguila Real.

La gente, en grandes grupos, se aglomeró en la plaza de España tras el cordón que formaba la tropa y en la de Oriente, frente al Palacio Real. Allí, á pie firme, bajo los paraguas abiertos, aguantaron todos impasibles la espera y la lluvia.

A las ocho y media quedó suspendida la circulación de tranvías. A las nueve se cerró definitivamente el paso por el centro de las calles del trayecto por el cual únicamente pudieron ya transitar las personas portadoras de especial autorización.

Los coches y automóviles que llegaban á Palacio se reiteraban en seguida por la rampa de Caballerizas á la gran explanada del Campo del Moro.

En la estación del Norte, toda la fachada correspondiente á las oficinas estaba adornada con escudos de las dos naciones; en medio destacaba un grupo de banderas; siguiendo las líneas de las ventanas y puertas, guirnaldas de ramaje y flores remachadas con clavos dorados, y en todas las columnas que sostienen la claraboya de cristales grupos de escudos, plantas y banderas.

En los muelles se había retirado el material innecesario. Las vías estaban completamente limpias. A uno y otro lado, hasta la salida de los andenes, se extendía otra doble fila de guardias de Seguridad.

El director general de Seguridad, señor Méndez Alanís, que se encontraba desde las nueve en la estación, dirigía personalmente los trabajos de vigilancia, secundado por el alto personal de la Dirección y las Comisarias de distrito.

A las nueve y media empezaron a llegar las personas que tenían puesto oficial en el andén y en la sala de espera.

El coche regio salió por la puerta central de la plaza de la Armería, donde se hallaba formada toda la guardia exterior. una sección de la Escolta Real, y marchaban detrás todos los generales, jefes y oficiales que forman la Casa Militar de S. M., con el general Aznar á la cabeza, y todo el escuadrón de la Escolta, al mando de su coronel, el vizconde de Uzqueta.

Precedían al carruaje los batidores y al aparecer el cortejo en la calle de Bailén, el público tributó al Monarca una entusiasta ovación, que se repitió sin cesar en todo el camino.

A las diez y veinte minutos las cornetas anunciaron la llegada de S. M. á la estación del Norte.

Mientras llegaba el tren, Don Alfonso conversó con las personas que había en el andén, lamentándose del mal estado del tiempo.

A las diez y veintinueve minutos la bocina del guardaagujas anunció la llegada del tren presidencial. La banda de música tocó la Marsellesa, y retumbó

el primer cañonazo de las salvas. Dos minutos después, la máquina apareció en el andén, y á las diez y media en punto quedaba parada en la tercera vía del segundo andén. Venía adornada en su parte delantera con un gran escudo de España, con las banderas de todos los países.

Su Majestad, con los Infantes Don Alfonso y Don Fernando, avanzó para recibir al presidente; el mayordomo mayor de Palacio, marqués de Viana, abrió la portezuela del coche, y M. Poincaré descendió al andén, vestido de frac, cruzado el pecho con la banda del gran cordón de la Legión de Honor y la insignia del Toisón de Oro.

El Rey se adelantó hacia el presidente y los dos jefes de Estado se estrecharon efusivamente la mano.

Don Alfonso presentó á M. Poincaré á los Infantes, al Gobierno y á las demás personalidades que se encontraban en el andén.

El presidente, á su vez, hizo las presentaciones de las personas de su séquito.

Inmediatamente los señores conde de Pie de Concha y Méndez Alanís abrieron paso, y los dos Soberanos llegaron á revistar el piquete de honor. Al pasar frente á la bandera, M. Poincaré hizo frente á ella una reverencia inclinando la cabeza; Don Alfonso saludó militarmente, con la distinción que le caracteriza.

Después se colocaron á un lado del andén y presenciaron el desfile de los soldados.

A las once menos cuartos se organizó la comitiva.

Precedidos de los batidores de la Escolta y seguidos por una sección de este Cuerpo, iban en el primer coche el Rey y el presidente de la República, ocupando M. Poincaré la derecha del Soberano.

Al estribo derecho cabalgaba el capitán general, Sr. Bazán, y el coronel de la Escolta, y al izquierdo, el comandante general de Alabarderos, Sr. Aznar, y el segundo jefe, Infante Don Fernando.

Seguía la Casa Militar del Rey, y á continuación otra carretela, también descubierta, ocupada por los Infantes Don Fernando y Don Alfonso y sus ayudantes.

Detrás de este coche marchaba el resto de la Escolta Real, con el comandante, marqués del Zarco.

A continuación iban los demás coches de la comitiva.

En el Paseo de San Vicente y calle de Bailén, en donde, como ya hemos dicho, no se había permitido la estancia al público, los balcones estaban atestados. Al pasar la comitiva por la plaza de España, la gente, contenida difícilmente por el cordón de tropas, hizo á los Soberanos una imponente manifestación. Lo propio ocurrió en la plaza de Oriente, en donde se hallaba la colonia francesa.

M. Poincaré contestaba sonriendo y saludando con el sombrero.

El Rey saludaba militarmente.

Al pasar ante las banderas de los regimientos tendidos en la carrera, los dos Soberanos se ponían de pie en el coche. La comitiva entró en Palacio por la puerta central de la verja que da acceso á la plaza de la Armería, á los acordes de la Marsellesa. Los demás coches entraron por las puertas laterales, para que sus ocupantes se reunieran con el Rey y con el presidente al pie de la gran escalera de honor. El aspecto en ella era deslumbrador, con todo el Cuerpo de Alabarderos, extendido á lo largo en cuatro largas filas.

En el portal recibieron á Poincaré el embajador, el alto personal de la Embajada y el general Lyautey.

Hechas las presentaciones por el embajador, pronunció un discurso M. Coeagne, felicitando al presidente por su elevación á la primera magistratura de la República y por el éxito de su viaje á España, que contribuirá á robustecer los lazos de fraternidad entre ambos países.

Y añadió las naturales protestas de amor patrio de cuantos viven lejos de Francia, aunque reconocidos á la cordial hospitalidad del hidalgo pueblo español.

Habló después M. Devaille, presidente de la Sociedad de Beneficencia, quien proclamó la garantía que para el cumpli-

miento de la *entente* suponen los altos y reconocidos prestigios de M. Poincaré.

Poincaré correspondió con frases muy cordiales y expresivas á la salutación de sus compatriotas.

Aludió á los momentos difíciles que hubo durante la negociación franco-española; pero esos días pasaron, desvaneciéndose como un obstáculo que no tenía razón de ser, y sirvieron para poner á prueba la sincera y mutua simpatía de las dos naciones.

Se congratuló de que la colonia francesa haya tenido ocasión constante de reconocer la hidalguía española y terminó felicitándola por su prosperidad y exhortándola á que contribuya con entusiasmo á consolidar la unión de los dos países.

Grandes aplausos acogieron este discurso.

Luego, en un salón inmediato, se sirvió un delicado *buffet*.

Para todos ellos tuvo frases de afecto y cortesía M. Poincaré.

En Palacio.—Banquete y recepción.

En el gran comedor de gala del Regio Alcázar se celebró á las ocho el banquete oficial en honor de Poincaré.

El comedor hallábase, como de costumbre, decorado con tapices del siglo xvi, bordados en oro.

La mesa estaba lujosamente adornada con grandes centros de plata, en los que había con profusión rosas y claveles rojos.

Entre centro y centro había numerosos candelabros, también de plata, unidos con guirnaldas de flores.

La colocación de los puestos en la mesa hízose con arreglo al siguiente orden:

Derecha de la Reina: M. Poincaré, Infanta Isabel, M. Pichon, duquesa de San Carlos, presidente del Congreso, señora de Gimeno, D. Antonio Maura, señora de Ruiz Jiménez, marqués de Villaurrutia, condesa de los Llanos, ministro de la Gobernación, dama particular de la Reina Victoria, general marqués de Valtierra, marquesa de Aguila Real, consejero de la Embajada de Francia, M. Veugué, y general Aznar.

Izquierda de la Reina: Infante Don Fernando, Infanta Doña Luisa, embajador de Francia, duquesa de la Conquista, ministro de Estado, Mme. Tillon, marqués de Alhucemas, marquesa del Salar, M. Mollard, condesa de Aguilar de Inestrillas, ministro de Fomento, dama particular de la Reina Cristina, M. Martin, general Bazán y coronel Pellet.

Derecha del Rey: Reina Doña Cristina, Infante Don Alfonso, embajadora de Francia, Mme. Geoffroy; presidente del Consejo, señora de López Muñoz, ministro de Gracia y Justicia, señora de Felcourt, general Lyautey, condesa de Maceda, ministro de Hacienda, condesa de la Corzana, ministro de Instrucción pública, señorita de Bertrán de Lis (doña J), Sr. Ferraz, duque de Santo Mauro, presidente del Consejo del Sena, M. Poirier, y alcalde de Madrid.

Izquierda del Rey: Infanta Doña Beatriz, Infante Don Carlos, condesa de Romanones, duque de Montellano, M. Vieu-gué, ministro de la Guerra, señora de Suárez Inclán, ministro de Marina, duquesa de Santo Mauro, general Beaumont, duquesa de la Victoria, señor Navarro Reverter, señora viuda de Ruata, conde del Grove, presidente del Consejo municipal de París, coronel Phenelon y conde de Pie de Concha.

Ocupaban las cabeceras los jefes de Palacio, marqueses de la Torre y Viana.

Llegada la hora de los brindis, su majestad el Rey, leyó en francés el siguiente discurso:

BRINDIS DEL REY

«Señor presidente: Dichoso me considero en esta ocasión, en que tengo el honor de expresar la profunda gratitud que de mis visitas á Francia conservo.

Os ruego que veáis en la acogida entusiasta que la villa de Madrid os ha hecho una manifestación elocuente y sincera de las simpatías del pueblo español por vuestra persona y por vuestro país. Ha saludado en vos, al mismo tiempo que la rectitud y las cualidades eminentes del hombre, el pasado espléndido y el pre-

sente glorioso de la nación vecina y amiga.

A la hora en que España y Francia se dedican á una labor común de civilización al otro lado del Estrecho, ambas advierten que el mutuo acuerdo se ha efectuado ya en las almas y en los corazones; los nobles esfuerzos para armonizar las energías de los dos países, responden á la aspiración de las almas y á una necesidad irresistible y lógica que lleva á asegurar la solidaridad de nuestros intereses en una colaboración fecunda.

El recuerdo de vuestra visita no se borrará de mi memoria, porque descubro en ella una garantía preciosa de un porvenir de intimidad y de buena inteligencia, cada vez más cordial entre España y Francia, á la que envío desde aquí mi saludo de amistad y de profunda admiración.

Os doy la bienvenida y levanto mi copa en honor vuestro: bebo por la prosperidad de Francia.

BRINDIS DEL PRESIDENTE

Señor: Estoy profundamente agradecido al acogimiento que hoy me ha dispensado V. M., y á la calurosa simpatía que el noble pueblo de España tributa al representante de Francia.

Cada vez que V. M. se ha dignado visitar mi país, y principalmente en estos últimos meses, cuando ha tenido la amabilidad de visitarme en París, mis compatriotas le han permitido observar, por sus aclamaciones unánimes, la viveza de los sentimientos que les ha inspirado su presencia grata, su bravura y su lealtad caballerescas.

Han reconocido en la persona de vuestra majestad un amigo de todos los instantes, y contentos por haber apartado en virtud del reciente tratado todos los motivos de desacuerdo entre las dos naciones, se han dejado llevar sin reserva alguna de sus inclinaciones naturales, demostrando la gran admiración que sienten por valiente y gloriosa España, proclamando su voluntad deliberada de estrechar entre ella y Francia los lazos de amistad tradicional.

El pueblo español me prueba, á su vez, por emocionantes manifestaciones, que se halla unido por el mismo anhelo del corazón y por la fuerza incontrastable del interés común.

La clarividencia de la opinión pública ha hecho fácil la tarea de los Gobiernos. Todo nos permite ahora contemplar con confianza el porvenir de buen acuerdo y de intimidad de que habla V. M.; nuestras afinidades hereditarias, la identidad de nuestra civilización y de nuestra cultura, el parentesco de nuestras hermosas lenguas latinas, la solidaridad de nuestras empresas africanas, la necesidad de desarrollar nuestras relaciones económicas y nuestra igual adhesión al mantenimiento de la paz universal.

Constituirá para mí una alegría y un honor el que mi visita pueda contribuir á que la unión entre ambos pueblos sea más estrecha y más fecunda.

Levanto mi copa en honor de vuestra majestad, de S. M. la Reina, de su majestad la Reina María Cristina, de su alteza real el príncipe de Asturias y de la familia Real.

Bebo por la grandeza y por la prosperidad de España.»

La banda de Alabarderos ejecutó el himno francés al terminar su discurso M. Poincaré.

**

Antes de las nueve y media de la noche, hora que se marcaba en las invitaciones, ya se hallaban el salón del Trono y las saletas contiguas ocupadas por una concurrencia distinguidísima, compuesta de representantes de la aristocracia, elemento oficial, Ejército, artistas y política.

En la escalera de honor, 80 lacayos á la Federica formaban á lo largo de ella, y arriba, camareros en traje de gala, recogían abrigos y sombreros.

A las nueve y media en punto la orquesta tocó la Marcha Real y apareció la Corte, en el siguiente orden:

S. M. la Reina Doña Victoria, realzando su espléndida belleza con lujosa *toilette* de crespón blanco y crema, y adornaba con soberbias joyas de brillantes, se apoyaba en el brazo de M. Poin-

caré, que vestía de frac y cruzaba su pecho con la banda de la Legión de Honor.

Seguía S. M. el Rey, vestido de capitán general de Artillería, y también con la banda de la Legión de Honor, dando el brazo á S. M. la Reina Doña María Cristina, que vestía elegantísimo traje de tul negro y lucía magníficas joyas de brillantes. Ostentaba igual condecoración que su augusto hijo y que M. Poincaré.

Después seguían las Infantas Doña Isabel, Doña Luisa y Doña Beatriz, vestidas de blanco, y los Infantes Don Carlos, Don Fernando y Don Alfonso, que ostentaban sus respectivos uniformes militares.

Cruzó la Corte el Salón del Trono y los contiguos, saludando á todos afablemente, y después de conversar con algunas personalidades, se trasladó, en unión del Gobierno, al *buffet*, instalado en el ala izquierda de la galería circular.

Momentos después de las diez y media regresaron SS. MM. y M. Poincaré á los salones, que volvieron á cruzar en la misma forma indicada, retirándose seguidamente á sus habitaciones.

Día 8.—Excursión á Toledo.

El tiempo favoreció extraordinariamente la excursión, pues el sol lució desde las primeras horas.

A las nueve menos diez abandonó sus habitaciones M. Poincaré, vestido de levita, luciendo en el ojal las insignias de la Legión de Honor, y se unió con el Rey, que vestía uniforme de Infantería.

Los dos jefes de Estado descendieron y ocuparon un automóvil.

Al alir la comitiva de Palacio, el público aplaudió con entusiasmo á M. Poincaré y al Rey, y estas muestras de simpatía se repitieron en todo el trayecto hasta la estación de Atocha.

En ésta esperaban el conde de Romanones y el ministro de Estado, jefes de Palacio, presidentes de las Asociaciones francesas de Madrid, concejales franceses y representantes del comercio y de la industria de las dos naciones.

El tren salió á las nueve en punto.

Desde mucho antes de la hora oficial esperaban en el andén de la estación el gobernador civil, Sr. Ruano; el obispo auxiliar, Sr. Melo, con sus familiares y una Comisión del cabildo; los coroneles directores de la Academia de Infantería, de la Fábrica de Armas y del Colegio de Huérfanos, y nutridas Comisiones de jefes y oficiales de la guarnición, de la Diputación y de la Audiencia.

A las diez y cuarenta minutos llegó el tren real.

Una compañía de alumnos de la Academia de Infantería, con bandera y música, rindió á los augustos viajeros los honores de ordenanza, mientras el público tributaba una estruendosa ovación al Presidente y al Rey.

En el primer automóvil iban el Rey y M. Poincaré. Detrás, en otros nueve, los Infantes Don Fernando, Don Alfonso y Don Carlos, MM. Pichón, Mollard, Martín, Vellet y el resto del séquito.

Al llegar la comitiva al puente de Alcántara, adornado con artístico arco, descendieron del automóvil M. Poincaré y el Rey.

Allí esperaba el Ayuntamiento en corporación con maceros.

El alcalde de Toledo, D. Félix Ledesma, pronunció breves y elocuentes frases de bienvenida, concluyendo con vivas á Francia y España, á M. Poincaré y al Rey.

Luego visitaron la fábrica de armas.

El presidente y el Rey comenzaron su visita por el taller de forja y desde éste pasaron á la sala de pruebas, cincelado, repujado, fabricación de cartuchos de fusil y máquinas destinadas á cargar éstos.

Desde la fábrica de armas se dirigió la comitiva, por la puerta del Cambrón, á San Juan de los Reyes.

Visitaron primeramente la iglesia y desde allí pasaron al claustro, admirando las bellezas de la una y del otro.

Después volvieron á cruzar las naves de la Iglesia, dirigiéndose al Museo y Casa del Greco, donde, acompañados por el marqués de la Vega Inclán, se detuvieron todo el mayor tiempo posible.

Visitaron más tarde la iglesia del Tránsito, entrando luego en Santo Tomé para admirar el famoso cuadro del Greco, que representa el entierro del conde de Orgaz.

Desde el último de los lugares mencionados el cortejo se dirigió á la catedral.

Los dos jefes de Estado entraron por la

puerta de Reyes, que se hallaba engalanada y cubierto el atrio con una alfombra, sobre la cual se habían esparcido flores.

Los tres grandes órganos de la catedral lanzaron los acordes de la Marcha Real, y durante la visita variaciones de motivos conocidos.

Poco después de la una empezó en el Salón de la Academia el banquete, al que asistieron 46 comensales.

La mesa estaba artísticamente adornada con flores naturales.

Durante la comida, la banda de la Academia ejecutó un escogido concierto.

No hubo brindis.

Después del banquete, el Rey, M. Poincaré y sus respectivos séquitos visitaron las dependencias del Alcázar, haciendo de ellas grandes elogios.

En la explanada oriental los alumnos hicieron ejercicios de conjunto en orden cerrado y movimientos de gimnasia sueca.

El Rey ordenó algunos ejercicios al batallón de «novatos» y á la compañía de alumnos del tercer año.

La sección especial de gimnasia hizo algunos ejercicios muy arriesgados, entre ellos varios saltos difíciles, mereciendo elogios de M. Poincaré y del general Lyautey, quienes felicitaron al coronel de la Academia.

En el Teatro Real.

Todo el teatro había sido muy artísticamente adornado bajo la inteligentísima dirección del comisario regio D. Antonio Garrido. No hemos de reseñar el decorado, porque de tal espectáculo no puede formarse idea sino viéndolo, y baste decir que nunca había aparecido el teatro Real tan hermosamente engalanado. El aspecto que ofrecía la sala era sorprendente.

A las diez, apareció en el palco de gala la Familia Real y su ilustre huésped monsieur Poincaré, siendo recibidos á los acordes de la Marcha Real y la Marsellesa, sucesivamente.

El público, que por completo llenaba el teatro, se puso en pie en aquel momento, y al concluir los acordes del himno francés tomaron asiento los Reyes, los Infantes y M. Poincaré; hizo lo mismo el auditorio, y comenzó el concierto de la admirable Orquesta Sinfónica, dirigida por Arbós.

M. Poincaré ocupaba el centro y tenía á su derecha á Doña Victoria y á su izquierda al Rey.

Los demás asientos los ocupaban el Infante Don Fernando y Doña Luisa, á la derecha de la Reina, y la Infanta Isabel y Don Carlos, á la izquierda de Don Alfonso.

Los demás Infantes estaban en segunda fila.

En el programa del concierto figuraban solamente obras de autores franceses y españoles.

Al principio los oyentes se abstuvieron de hacer manifestaciones de agrado con arreglo á la etiqueta; pero después de oír la inspirada «Procesión del Rocío», de Turina, se rompió el hielo y los aplausos comenzaron, siendo los primeros los ocupantes del palco regio de gala.

Día 9.

Monsieur Poincaré llegó al Hospital Francés á las nueve de la mañana.

El presidente de la República fué recibido por el presidente de la Sociedad Francesa de Beneficencia, M. Delville, y por el director del Colegio, M. Ventenac.

Monsieur Poincaré fué recibido en el Instituto Francés por M. Thamin, rector de la Universidad de Burdeos, que pronunció un elocuentísimo y largo discurso, en que se refirió á los esfuerzos hechos por Francia en estos últimos años para crear una corriente favorable á los estudios hispánicos y á la unión de los estudiantes españoles y franceses.

M. Poincaré contestó con un magnífico discurso, cuyos párrafos principales despertaron murmullos de admiración de la escogida concurrencia que llenaba el local.

Después fué al Museo de Pinturas, donde le recibió el director Sr. Montero Villegas.

Recorrió las salas de Velázquez y Murillo, entre exclamaciones de admiración.

Cuando se hallaba en la sala de Rivera, llegó S. M. el Rey, que vestía levita y sombrero de copa, recorriendo juntos las salas de pintores franceses, de Goya y otros.

Á la salida, el público congregado en el paseo del Prado y calles del trayecto, tri-

butó entusiasta ovación al Rey y á M. Poincaré.

A las doce, ocupando varios automóviles fueron al Pardo el Monarca, M. Poincaré y sus respectivos séquitos.

En dicho Real sitio fueron recibidos por los ingenieros militares, que habían rendido honores.

Se celebró el almuerzo íntimo, amenizado por la banda de Alabarderos y se emprendió el regreso á Madrid, en las primeras horas de la tarde.

Por la tarde asistió M. Poincaré á la Garden-Party organizada en su honor por el Municipio madrileño.

Día 10.—En Cartagena —La llegada.

A la hora indicada entró el tren en agujas.

Las músicas tocaron. Las baterías de la plaza y los buques de guerra franceses, inglés y españoles hicieron salvas.

A los acordes de la Marcha Real y de La Marsellesa penetró el tren en la estación.

El Rey y M. Poincaré venían asomados á las ventanillas.

Todos se descubrieron y saludaron.

Los vivos al Rey, al presidente, á Francia y á España fueron estruendosos.

Apeáronse los ilustres viajeros, y el alcalde de Cartagena, adelantándose, les dió la bienvenida en nombre de la ciudad.

Luego se apearon Romanones, Pichón y López Muñoz.

La multitud aplaudía, vitoreaba y agitaba pañuelos y sombreros, soportando los ardores del sol con alegre intrepidez.

Una lancha automóvil del «España» esperaba al pie de la escalera.

Embarcáronse en ella el Rey, Poincaré, Romanones, Pichón y López Muñoz, y se trasladaron á bordo del hermoso acorazado español entre las aclamaciones de la muchedumbre.

Don Alfonso, M. Poincaré, el conde de Romanones, el embajador de Francia en Madrid, el ministro de Marina y el jefe de Policía marcharon al acorazado francés «Diderot», donde se celebró un banquete de cincuenta cubiertos.

A las cuatro de la tarde, según estaba anunciado, ha salido el barco que conduce al presidente de la República francesa á Marsella.

La salida de los torpederos españoles fué también presenciada por el Rey á bordo del «España».

Sobre cubierta, y conforme iban desfilando los barcos, en las cubiertas la marinería daba los vivos reglamentarios, y Su Majestad saludaba militarmente.

Después que salieron todos los torpederos franceses y españoles, á las cuatro en punto levó anclas la escuadra, escoltada por numerosas embarcaciones hasta el límite de las aguas jurisdiccionales.

En el número próximo

publicaremos un artículo de nuestro ilustre colaborador el

Conde de Albay,

titulado

«Recuerdos y actualidades.»

El cardenal Aguirre, ha muerto.

A las dos de la tarde del jueves ha fallecido el cardenal Aguirre.

A los pocos momentos de morir el cardenal Aguirre comenzaron á doblar todas las campanas de las iglesias, se dió cuenta el vecindario del fallecimiento, y comenzó á afluir al Palacio arzobispal.

Han sido enviados telegramas participando el fallecimiento del cardenal, á Roma, al Rey y al ministro de Gracia y Justicia.

También se ha comunicado á todas las diócesis de España.

Se verificará el entierro el domingo próximo, á las diez de la mañana.

El cardenal D. Gregorio María de Aguirre y García nació en el pueblo de Pola de Gordón, del obispado de Oviedo, el 12 de Marzo de 1835. Contaba, pues, en la actualidad setenta y ocho años.

De naturaleza vigorosa, resistente y bien equilibrada, hizo sus primeros estudios de Humanidades, Filosofía y Teología, en el

Seminario de León, donde ya se distinguió por su notable aprovechamiento y ejemplar conducta, dejando entrever desde entonces la discreción y templanza que siempre le ha caracterizado.

En Mayo de 1856 tomó el hábito de San Francisco, haciendo al año siguiente los votos solemnes, y siendo ordenado «in sacris» por el cardenal Alameda y Brea.

Sus superiores, que conocieron las aptitudes que para la enseñanza tenía el joven franciscano le encomendaron la cátedra de Filosofía y Teología en el Colegio de la Orden en Consuegra, donde dió repetidas pruebas de sus méritos y virtudes.

En este pueblo eminentemente religioso, se habían dejado sentir por aquel entonces los efectos de una campaña impía, de las muchas que intentaban arrancar la fe de los creyentes pueblos españoles. Cierta día, con motivo de asistir á un entierro, fueron á Consuegra varios personajes de Madrid, quienes en el mismo cementerio, con pretexto de ensalzar al difunto, insultaron á la Iglesia católica. La necrópolis estaba atestada de gente, entre la que se veían muchos hombres armados, que habían querido rendir de este modo un tributo de simpatía al muerto.

En el camposanto se encontraba también, con otros religiosos, el padre Aguirre, quien no pudiendo permanecer en silencio, y entre los insultos y denuestos del público, defendió con palabra ardiente á Cristo y á su Iglesia, sin temor á una posible agresión de aquellos desdichados.

La confusión que se produjo fué enorme: casi todos los reuñidos huyeron, y el padre Aguirre consiguió imponer su voz sobre los que permanecieron en el cementerio.

En aquella época ya era, desde 1867, rector del mencionado Colegio, del que pasó con el mismo cargo, en 1870, al Colegio matriz de Pastrana, donde permaneció seis años en aquellos tiempos de continuos trastornos políticos. Necesaria fué entonces toda la cordura, prudencia y talento del padre Aguirre para conducir á puerto seguro la Comunidad que le estaba encomendada.

En 1876 volvió á Consuegra con los títulos de lector perpetuo en Teología y Cánones y definidor honorario, concedidos por la provincia como recompensa por sus muchos servicios.

Allí estuvo sólo dos años, explicando Derecho canónico, pues al fundarse el Colegio de Almagro, en 1878, fué nombrado rector de la nueva Comunidad, cargo que pasó á desempeñar dos años más tarde en el Colegio de Puebla de Montalbán.

Preconizado obispo de Lugo en 27 de Marzo de 1885, tuvo que abandonar, bien á su pesar, el claustro, desarrollando al frente de su diócesis una constancia y una actividad verdaderamente admirables. Casi al mismo tiempo de este nombramiento se le designó para penitenciario «pro lingua hispanica» en la basílica lateranense de Roma; pero no llegó á posesionarse de él.

Su gobierno en el obispado de Lugo mereció unánimes elogios. Hizo dos visitas á todos los pueblos de la diócesis, fundó un asilo para ancianos, hizo grandes reparaciones en los templos, mandó formar un nuevo arancel parroquial y convocó un Sínodo, en el que redactó en latín sólidas constituciones, que constituyen un monumento de doctrina.

El 21 de Marzo de 1894 fué promovido al arzobispado de Burgos, donde puso de manifiesto nuevamente sus innumerables virtudes.

En 1907, Su Santidad el Papa quiso premiar sus méritos, y sobre su sayal de monje franciscano puso la púrpura, nombrándole cardenal en el Consistorio secreto de 15 de Abril de 1907.

En Octubre de 1909 pasó el ilustre prelado á ocupar la silla primada de España, por fallecimiento del cardenal Sancha.

Al frente del Episcopado español el cardenal Aguirre fué siempre un constante defensor de la Iglesia, como lo demuestran sus campañas en favor del fomento de la buena Prensa, y sus escritos públicos y particulares á prelados y Asociaciones religiosas, sobre importantes cuestiones religiosas.

En Junio de 1911 presidió el cardenal Aguirre en Madrid las fiestas del XXII Congreso Eucarístico, en las que ostentó la representación del Papa.

Siempre se distinguió por su modestia, vistiendo durante toda su vida el sayal de su Orden, y viviendo en el Palacio Arzobispal de Toledo, en una habitación toda sencillez y austeridad.

Zaragoza, la ciudad inmortal, celebra, como siempre, con entusiasmo, la fiesta de su "Pilarica",

ZARAGOZA

Para LA MONARQUÍA

Requerido cortésmente por un distinguido redactor de LA MONARQUÍA para llenar unas cuartillas, no puedo negarme a tan galante invitación, y haciendo la salvedad

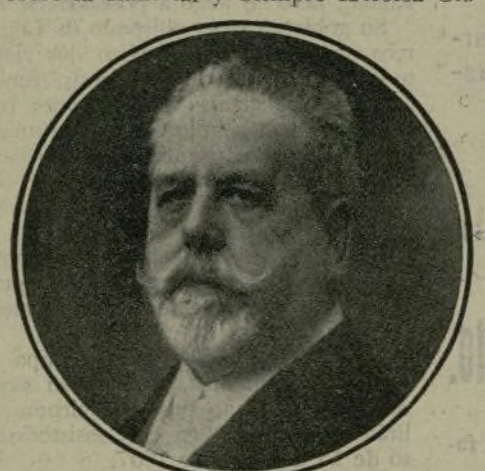


Para «La Monarquía»

En todos los hogares en que penetre la verdadera devoción a la santísima Virgen del Pilar, serán cuantos los habrán iluminado y alentado en el sendero del bien y de la felicidad.

J. ARZOBISPO DE ZARAGOZA
Septiembre 30-1 13.

de que hablo mal y escribo peor, procuraré cumplir este, para mí, espinoso deber.
¡Zaragoza! Sobre este nombre de resonancia mundial han de versar las pocas líneas que trazo, y claro es que cuanto diga sobre la Inmortal y Siempre Heroica Ciudad han de ser conceptos conocidos de todos, y, por consiguiente, nada nuevos.



Excmo. Sr. D. José Echanove.
Gobernador civil de Zaragoza.

Parece que el corazón de los buenos españoles, que por fortuna abundan más de lo que se cree, se ensancha al pronunciar este nombre, pues a él se unen los sentimientos de Patria, Independencia, Heroísmo y valor cívico. Puede decirse, sin lisonja, que la ínclita Ciudad simboliza tan soberanas virtudes, y de ellas hacen culto sus actuales habitantes, que conservan en su pecho tan nobles sentimientos, en primer lugar, por ser innatos en ellos, y después, porque los respetos a sus mayores se los imponen. Que nunca olviden estos nobles zaragozanos

nos lo muy obligados que están a sostener puros estos sentimientos, y que la Patria está pendiente de la ciudad que siempre fué baluarte de su independencia.

José Echanove.
Gobernador civil de Zaragoza.

RECONSTITUYÉNDOSE

Para LA MONARQUÍA

A la manera de un viejo hidalgo que dejando a un lado tradiciones solariegas procura reconstituir con su propio y silencioso esfuerzo la mermada hacienda, así Zaragoza, llevando con dignidad la estrechez a que la condujeron desastres propios y ajenos, busca, callada en su honrada ambición, los esplendores de grandeza futura. Encerrada en sí, a espaldas lo pretérito, inquiere adelante y sobre su programa de tradicionales fiestas encerradas en marco y ambiente modestísimo — más de la conveniente medida acaso — levanta la vista a regiones más positivas, y perseverante en su



D. Juan José Lorente,
Director del Diario de Avisos de Zaragoza.

Por eso, y como avance de fiestas menos ruidosas que las de anteriores años, prepara y celebra un Congreso de altos vuelos, más interesante que por el problema de Rie-



Excmo. Sr. D. Emerenciano García Sánchez,
Presidente de la Diputación provincial.

amores, porque los agasajos de hoy mucho más, de esa esforzada voluntad, étnica, habrá que esperar lo torales. Porque si prenda del porvenir es el



Excmo. Sr. D. Cesar Ballarín,
Alcalde de Zaragoza.

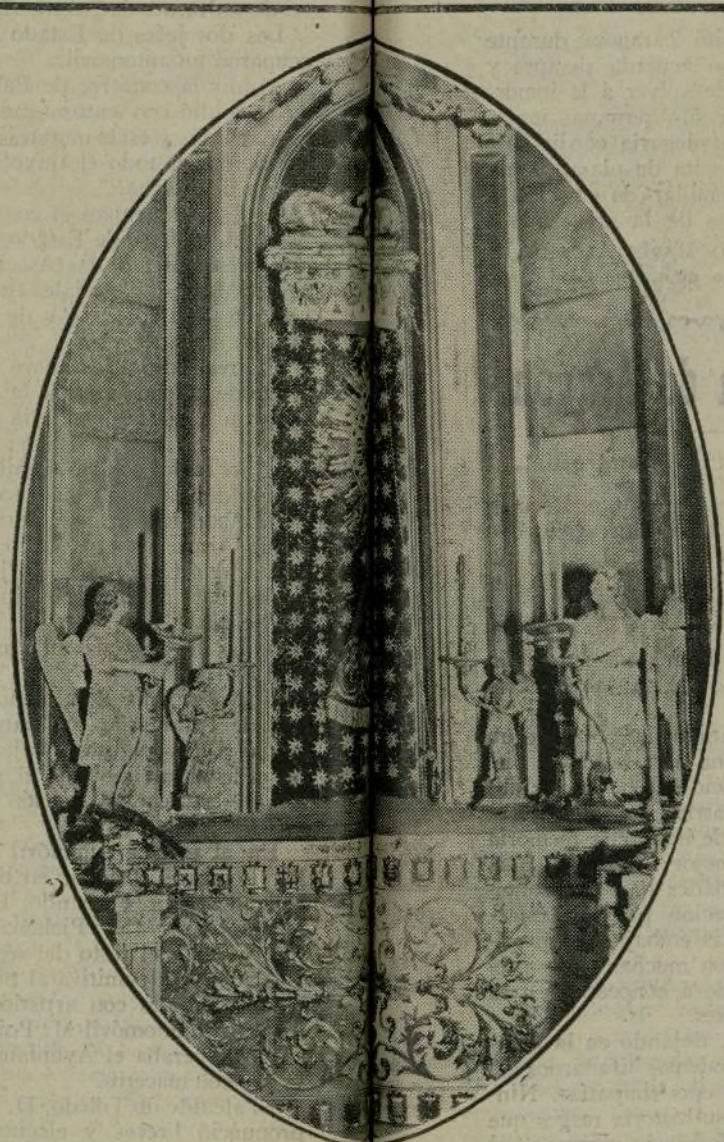


D. Alberto Martín Alcalde,
Director de La Opinión.

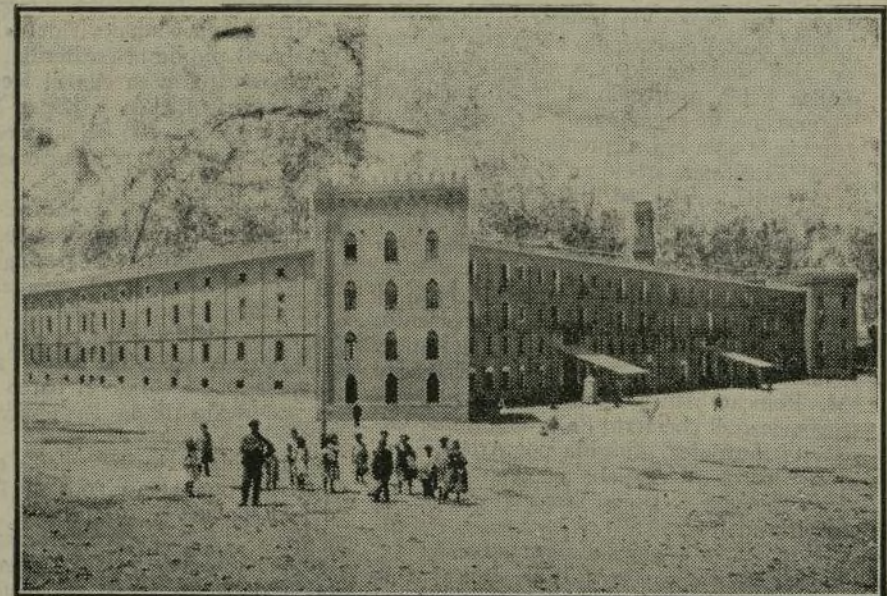
Zaragoza, emblema de la fe.
Zaragoza es la ciudad que más ferviente culto rinde a la libertad y a la

A LA VIREL PILAR

PARA «LA MONARQUÍA»

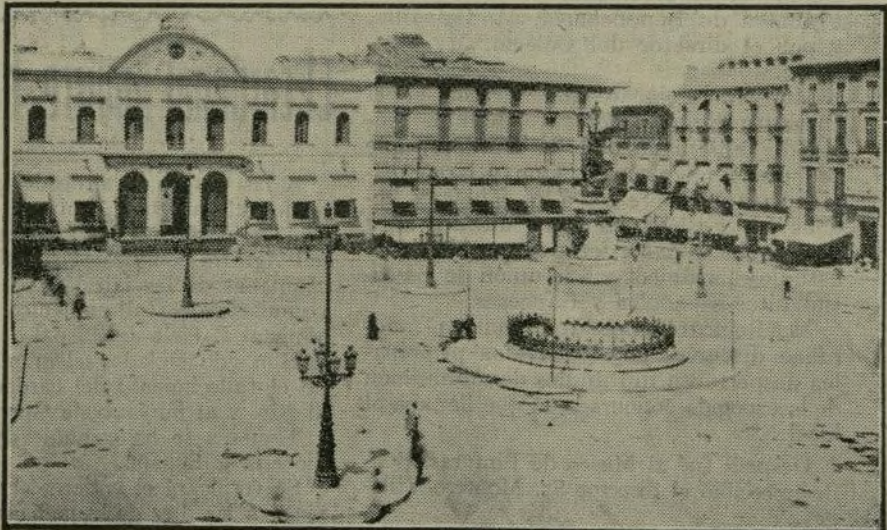


Castillo de la Aljafería.



afán de reconstitución, piensa en los Altos Riegos, que deciden el ser o el no ser, el vivir o el morir de una comarca hermana; siente la necesidad de el Canfranc, y Zaragoza con Valencia mediante la proyectada línea ferroviaria Camínreal-Carriñena, y palpa el gran porvenir económico que bajo múltiples aspectos ha de alcanzar nuestra región.

gos que plantea, por haber puesto de manifiesto la mentalidad de nuestra juventud, llamada por su cultura y saber a intervenir en la obra de hacer país; recibe la visita de un ministro de la Corona, que, con sus promesas, alienta esperanzas de un resurgimiento regional; congrega y reúne a los maestros de la técnica agraria y se entusiasma y regocija la ciudad de nuestros



Palacio del Gobierno Civil y Diputación Provincial.

— ¿Que conocí?
¿Que poro tanto?
¿Que en encanto
con que ti?...
La corne di
quiza fue;
pero, mudo,
¿quién desprecia?
Esa preñicia,
no se ha...
Jardiel,
de Zaragoza.

Así, calladamente, pero siempre Zaragoza va trabajando su porvenir, más que en su ayer glorioso en la de su voluntad suprema, alma de la

B. Paraiso.

de nuestra Pilarica rememora nuestro glorioso pasado, confirma nuestra fe, renueva energías y propósitos que al progreso benefician, y enlazan esfuerzos vitificantes que la voluntad y la religión sostienen.

Zaragoza es emblema de la fe!
E. García Sánchez.
Presidente de la Diputación Provincial.

Recordando a los que luchan en la guerra.

Para LA MONARQUÍA

Comienza el período de fiestas. La animación cunde y aumenta, y con esto, el comercio, la vida local, los intereses de la población ganan. Pero en medio del bullicio y de la algarazara en plena intensidad de movimiento, un sentimiento de amargura entristece nuestras almas. Allá, lejos, en Africa, her-

generadoras de numerosas páginas de heroísmo, y que muy pronto regresen para no volver a separarse de nuestro lado aquellos nuestros compatriotas que están derramando su sangre y dando sus vidas en sacrificio de generoso y santo amor patrio.

César Ballarín.
Alcalde de Zaragoza.

1-10-913.

Al pie del Moncayo.

Para LA MONARQUÍA

El recuerdo es vago é impreciso, pero viene en muchas ocasiones a mi mente como si el espectáculo que lo originó hubiera dejado una huella imborrable en mi cerebro y una emoción eterna en mi alma.

Zaragoza ardía en fiestas; todo era bullicio y animación en las calles; pasaban las escoltas y las patrullas de soldados vestidos de gran gala. Oíase a lo lejos el aire marcial de las charangas y el sordo zumbido de la muchedumbre impaciente que aguardaba un acontecimiento. Las gentes iban y venían con cara de pascua. Y sonaba fuerte, grave, solemne, la campana de la Torre Nueva, aquel monstro que sólo movía su lengua de bronce en los días grandes.

Contemplaba yo el espectáculo de la ciudad jovial, desde un balcón, donde me habían recluso, quieras que no, en aquellas horas de barullo. Allí debía esperar, quieto, algo importante que no llegaba nunca.

Me iban dominando el cansancio y el mareo. Alternativamente miraban mis ojos infantiles al cielo azul, limpio y luminoso, y al arroyo polvoriento donde se apiñaba una multitud inquieta y rumorosa.

Una señora, con mantilla y polsón, que se había hecho cargo de mi cuidado, no pudo menos de advertir mi fatiga, y procuraba distraerme con su charla cariñosa.

Ya verás; ten calma, que no puede tardar mucho. Pasará por aquí con sus ayudantes y generales, todos vestidos de colores, con preciosas plumas y los sables muy relucientes, muy relucientes...

— Mira, mira!... ¡Aquel es!... ¡Aquel



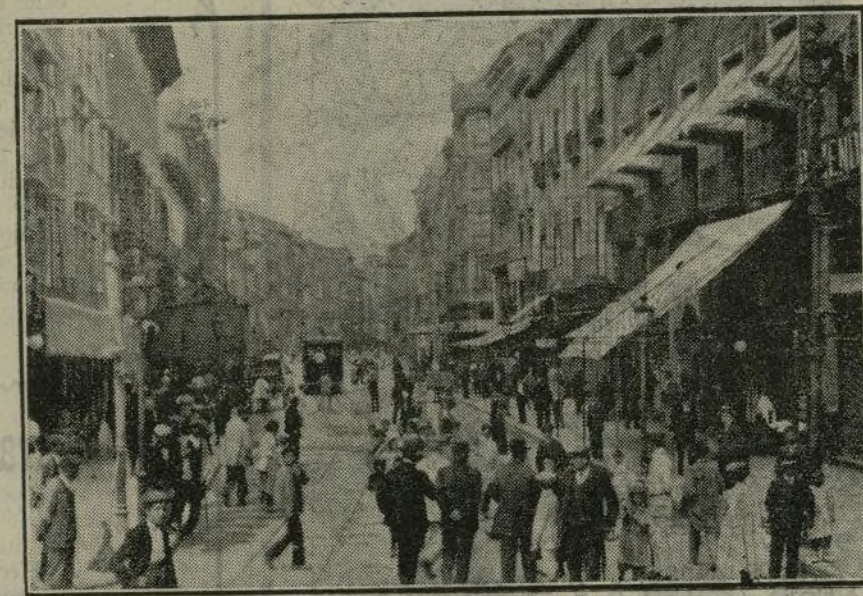
D. José Francés,
Secretario del Gobierno civil.

señor de las patillas que monta un caballo tordo!...

No pude oír más; las aclamaciones, los aplausos, las campanas, los cañonazos y las músicas, formaban un estrépito ensordecedor.

Pero yo fijé mis ojos de niño en aquel general de las patillas tan joven y tan alegre, que saludaba a diestro y siniestro graciosamente, mientras su caballo tordo, engallado y soberbio, pisaba con firmeza los guijarros de la calle.

Pasó el acompañamiento bizarro y tumultuoso entre nubes de polvo, pero yo no veía nada, como si hubiera llenado por completo

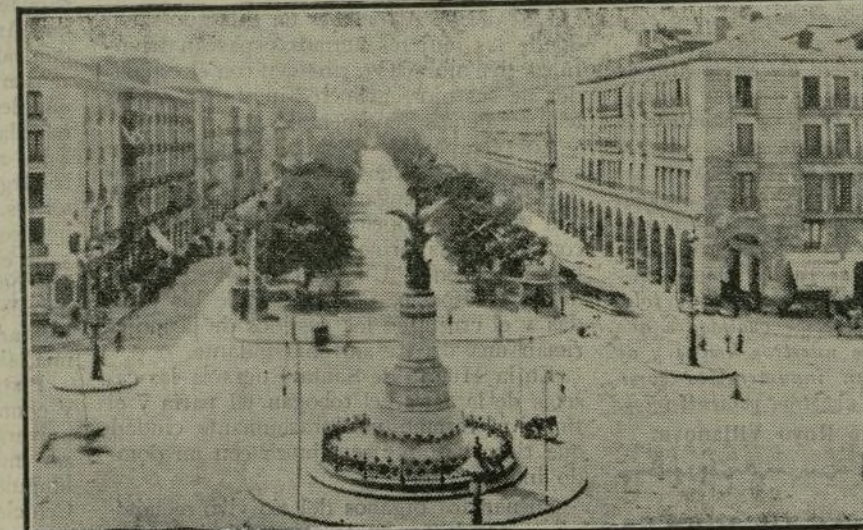


Calle del Coso.

Virgen: el alma baturra de Aragón es rica en fe, y la fe es germen de los grandes amores, de las firmes esperanzas, de los sacrificios heroicos y de las determinaciones salvadoras que producen sin contraste las virtudes morales y cívicas.

Por esto, la celebración de la fiesta

manos nuestros que a defender nuestra honra fueron, sufren resignados privaciones, penas, dolores físicos y morales. No les olvidemos un instante. Dedicuémosles nuestro cariño y en esta época más que siempre, pidamos a nuestra Patrona, la Virgen del Pilar, que cesen pronto aquellas contiendas



Paseo de la Independencia.

mi espíritu aquella primera imagen del joven y alegre general de las patillas.

Había cerrado la noche; la calle estaba negra, y la muchedumbre se agitaba en oleadas imponentes. Por cima de aquel fragor de tormenta, destacaban dos gritos, que aún parece que los oigo ahora:

—¡Viva Alfonso XII! ¡Viva el Canfranc!

¡El Canfranc!... Dulce ensueño de Aragón entero, que muy pronto ha de realizarse... Con aquel grito despertó mi conciencia infantil al conocimiento de las necesidades de esta tierra mía, tan castigada por el infortunio.

Zaragoza dispuso una acogida triunfal al Monarca que inició aquella obra. ¿Qué no hará con el Rey que venga a declarar su terminación, abriendo ese ancho portalón en el muro que nos separa de Europa?

J. Valenzuela La Rosa.

Director del «Heraldo de Aragón».

El carácter zaragozano.

Para LA MONARQUÍA

Después de quince lustros de convivencia con mis paisanos, llevando en mis arterias sangre de ricos homes y en mis venas linfa de almogávares, creo tener autoridad para decir a los míos verdades que parecerán amargas si no se interpretan bien; pero que si son justamente interpretadas sabrán a dulce como la miel, ó mejor todavía como el maná. (No olvidarse de que el maná es una resina dulce que procede de una variedad de fresno, de aquel fresno cuyas varas apiladas en manojos se vendían en el Rastro de Madrid con el siguiente rótulo ABRIGOS DE SEÑORA.)

Pues bien; yo, zaragozano de estirpe y de nacimiento, dejo que el carácter de la gente de mi tierra se oriente hacia una especie de zona Noroeste en la que el Norte es algo que parece envidia y el Oeste algo que semeja pasividad. Envidia a los de casa, y tolerancia con los de fuera. Pero conste que no son más que semejanzas y parecidos.

¿Quién habla de envidia en la tierra de los héroes ni de tolerancias excesivas en el suelo de los mártires?

No es ni una ni otra cosa, aunque así lo parezca.

Lo cierto es que lo que nos parece envidia es fidelidad, y lo que se nos antoja tolerancia extrema es orgullo.

Trataré de explicarme.

Dícese de Castilla que es una tierra que hace los hombres y los gasta.

Cosa que después de todo es muy natural. Ella los hace, ella los emplea, los utiliza, los gasta, y después de que se ha servido de ellos los arroja al cesto de los papeles rotos. Está bien.

Zaragoza es una tierra que en su función procreadora ó emplea el fraude para evitar la concepción ó usa del abortivo, ó a lo más que llega es al infanticidio. Al homicidio, como Castilla, jamás.

Zaragoza se preocupa con instinto de macho lujurioso, pero avariento de no tener hijos, y si los tiene, por una casualidad, que no lleguen a nacer, y si nacen que no prosperen. Aquellos zaragozanos que han conseguido llegar a gallinero han tenido que desarrollarse fuera del término. Por eso hay aquí pocos regionalistas. Y los que hay no son de Aragón, y sobre todo no son de Zaragoza, que es la capital del reino, y por consiguiente donde se dan en grado superlativo sus vicios todos y todas sus virtudes.

No quiero citar ejemplos: Desde Fernando el Católico hasta Pradilla y Mariano de Cavia, podía enumerar algunos miles de sabios, artistas, políticos, literatos, industriales, etcétera, etc., que confirmarán mi tesis.

En Zaragoza lo que más se menosprecia es el zaragozano. El resto de los aragoneses, españoles y extranjeros, gozan de verdadera estimación.

Esto ocurre en todas las esferas y actividades de la sociedad.

A mí, por ejemplo, me ha pasado recientemente una de las cosas verdaderamente batallas.

Fui llamado como médico a una población fronteriza para ver, en consulta, un enfermo de cierta dolencia en que se me reputaba especialista.

Cumplido mi cometido, fui a la estación rodeado de un verdadero séquito de ilustres personalidades, que me hacían el honor de despedirme.

Un momento antes de salir mi tren llegaba otro procedente de Zaragoza, y de uno de sus

coches bajaba un íntimo amigo mío y vecino de casa.

—¿Adónde va usted?—le pregunté.

—Pues vengo a que me vea un médico que dicen que hay aquí y que es especialista en esta enfermedad—dijo aludiendo a la suya, que era de la misma índole que la del paciente a quien ya había ido a ver.

Entonces yo le presenté al médico por quien preguntaba, el cual estaba a mi lado y no era otro sino el que me había llamado en consulta para que viese a su distinguido cliente.

En cambio de no tolerar que nadie viva, ni suba, ni apenas se alimente, como sea de Zaragoza, si se trata de alguien que no pertenezca a ninguna de las parroquias, ni de la del Gancho, ni de la del Gallo, ni se haya bautizado en el Pilar, todo son trabajos, protecciones y bajezas. Es aquello de que se nos meaban en las lanas, que decía nuestro Costa.

Pero esta pasividad no es cobardía, ni aquella hostilidad es envidia.

Los zaragozanos somos como los jesuitas.

ciudad, si por acaso alguno de ellos cae en la tentación de leer este volandero desaguisado encomiástico. Ciudad de encanto hemos dicho, sin que con ello hayamos ofendido a la verdad cosa mayor, mas no se envanezcan nuestros munícipes ni se atribuyan participación alguna en el preclaro título que liberalmente otorgamos a este pueblo benemérito.

El encanto de nuestra ciudad es tan suyo, peculiar é inalienable, que ni la percalina por el Ayuntamiento dilapidada en estos días jocundos añade atractivo a nuestras calles ni el derroche de musicales conciertos es bastante para entibiar nuestro entusiasmo. Sin percalina en la calle de Alfonso, sin arcos voltaicos en el paseo de la Independencia, sin esos únicos bancos airoso y resistentes que ponen a prueba la fortaleza de algunos indígenas iconoclastas del ornato público, Zaragoza seguirá siendo siempre Zaragoza, la ciudad jocunda y hospitalaria que se derrama por las

didos en la magia enérgica de una de estas arrogantes amazonas, y os quedáis largo rato parados delante del tío vivo, esperando el momento en que la rotación del estrepitoso armatoste ponga frente a vosotros a la muchacha desenfadada que cabalga en el «tocino».

El ruido es espantoso en la feria. Todas las furias sonoras se han concertado para torturar nuestros oídos.

No se puede dar un paso por aquellos lugares. Sátiros callejeros hay que buscan en las apreturas ocasión de ejercitar socarronas osadías; y no es raro oír en labios de una chica arriscada algún pintoresco impropio, repeliendo las clandestinas persecuciones de los faunos.

De vez en vez dos grupos de muchachas alborotadas se encuentran en el camino, y mientras se saludan joviales y mutuamente queda paralizada la circulación. Se quiebra en policromos cristallillos la flor armoniosa del alborozo; suenan besos crepitantes sobre las mejillas sofocadas, y siempre hay algún mendigo del amor que solicita una bala perdida en aquel tiro de fusión.

¿Qué falta le hace a esta ciudad ingenua los arcos voltaicos, los gallardetes tonantes, los conciertos musicales y toda esa misera prodigalidad del Municipio? Zaragoza, para divertirse, tiene bastante con sus forasteros que sólo acuden a la ciudad porque en ella se celebra el día de la Pilarica; con la alegría desbordante de la calle de Alfonso, que es una maravilla de mujeres bonitas; con el estrépito popular de la feria y la rotación de los «tocinos» cabizbajos.

El que una vez visitó Zaragoza durante las fiestas, de ellas se acuerda siempre y hace propósito firme de volver a la inmortal ciudad para ver a sus hermosas mujeres y para rendir una plegaria cordial, de hinojos, ante la Virgencita de plaza que na visto a sus plantas temblar de emoción a las más ilustres figuras de la cristiandad.

ALBERTO MARÍN ALCAIDE,

Director de «La Opinión».

Aragón fuera de Aragón.

Para «La Monarquía».

Hechos repetidos con bastante frecuencia ponen de relieve la consideración que Aragón goza fuera de Aragón, la simpatía con que nuestra tierra es mirada por las demás regiones españolas y hasta por los demás países del globo. No sé si los selenitas y marcianos nos guardarán también algún rincón en el fondo de sus predilectas afecciones.

Un día es la Argentina que nos pide un trozo de muralla romana para servir de piedra angular a un edificio que ha de ser allí prolongación de la Patria; otro, en tierra africana se acuerdan de honrar la memoria de nuestros héroes, mejor quizá que nosotros lo hicimos; ciudades hay que solicitan nuestra representación para agasajarnos agasajando nuestras embajadas; periódicos que nos dedican muchas veces preferente atención, dando a conocer nuestras cosas y nuestros hombres.

Bien es verdad que, dejando en la antecámara toda modestia, podemos ufarnos de que Aragón se merece esas simpatías. Ningún pueblo cuenta en su historia rasgos que acusen una personalidad más vigorosa, ni una legislación que se haya ajustado a la realidad de la vida ni que mejor responda a los altos principios de Justicia que nuestra legislación. Y, no evocando hechos preteritos, podríamos señalar algunos recientes que demuestran cómo Aragón es pueblo que sabe enderezar con un arranque los desmayos que el país pudiera sentir en el amor grande de la Patria, y se sacude de un capiroto la amenaza de una horrible epidemia, sin más que querer y ponerlo en obra.

Pero con todas estas buenas cualidades, y contando con la admiración y simpatías universales, Aragón, que parece debía cotizar muy altos sus valores, vive una vida lánguida; se puede llamar sin reparo la Cenicienta de las regiones españolas, y cada vez que intenta avanzar un paso por la senda del progreso, tiene que librar descomunal batalla para conseguir unas migajas del presupuesto nacional; que las dinastías de políticos que lo detentan, jamás aragoneses, derraman con mano pródiga en otras provincias.

Es muy triste que Aragón no sepa apro-



Estos no son nadie, ellos mismos se anulan con humildad evangélica, pero la Compañía lo es todo.

Nosotros no somos nadie, lo que no hace la humildad de cada uno lo hace la agresividad de los demás, pero Zaragoza lo es todo, y nos parece que si uno de nosotros se ilustra es a costa del lustre de nuestra ciudad.

Por eso cuando el cólera del 85 se hizo de manera que todos renunciaban a sus veneras para que el escudo de Zaragoza ostentase el nuevo título de «Muy benéfica».

En cambio del lustre de los demás no nos ocupamos, porque no es el de nuestro escudo, y como es de otra clase no nos importa ni que se lo den ni dársele.

Y de aquí como lo que parece vicio es virtud, y como lo que asemeja envidia y tolerancia extrema, son excelsas cualidades que lindan con aquellas de nuestros héroes y de nuestros mártires, tan innumerables como nuestros envidiosos y nuestros pacientísimos.

Ricardo Royo Villanova.

HORAS DE FIESTA

ZARAGOZA, CIUDAD DE ENCANTO

No os alarme el epígrafe por hiperbólico, ni se regocijen tampoco los ediles de la

calles llenándolas de rumores y de holgorio de fiesta.

Las del Pilar son en Zaragoza una tromba de optimismo que desata los cascabeles del contento y anega el ambiente de aturdimiento y ansiedades.

La calle de Alfonso es un dilatado salón donde las mujeres hermosas pasean triunfantes, rien alocadas y prenden con el esplendor de sus ojos, efímeros incendios en los temperamentos sentimentales.

Los escaparates de las joyerías son un sortilegio de fastuosidades, donde las piedras radiantes engarzadas en oro se reclinan en el terciopelo rojo de los estuches como cautivas princesitas que sueñan con los ojos abiertos. Un vago clamor se difunde en el espacio, y el rumor de las pisadas y el crujir de los vestidos de la mujer riman una difusa sinfonía galante.

En la Huerta de Santa Engracia las casetas de la feria, el tobogán, el patín y el tío vivo forman una trashumante ciudad que tiene bastante semejanza con un dorado infierno.

Suenan los órganos del tío vivo monótonos y estridentes. A la puerta de los pabellones, donde se rifan muñecas, cacerolas y juegos de cerveza, unos aguerridos pregoneros alzan una greguería formidable. Las chicas suben a los «tocinos», dejando grácilmente colgada una pierna tersa y un zapatito breve y ligero.

Tal vez vuestros ojos han quedado pren-

vechase de sus condiciones y de los afectos que inspira. ¿Acaso por falta de hombres? No. Lo que Aragón está falto es de *alma colectiva*, que impida la disgregación de iniciativas y voluntades, y haga de todos los hombres un solo hombre y una sola voz, pero que hable recio y crisper los puños cuando fuere necesario.

¿Que esto es incompatible con nuestro fiero individualismo? Peor para nosotros. Si no arrojamus ese individualismo por la borda, continuaremos escuchando el coro de alabanzas de los de fuera, nos esponjaremos oyéndonos llamar valientes y testarudos, pero otros seguirán coltrando el barato.

Rafael Pamplona.

Para LA MONARQUÍA

SEA

Sr. D. Enrique Gómez del Moral.

Mi estimado compañero: Porfiadamente me brinda usted el honor de que mi nombre aparezca en el extraordinario que LA MONARQUÍA piensa dedicar a Zaragoza.

Aun siendo para mí mandatos los requerimientos del compañerismo y la amistad, trabajo no pequeño habríale costado decidirme a complacerle, de no mediar una circunstancia.

Soy enemigo irreductible de esas pintorescas *formaciones*, en las que unos cuantos caballeros se alinean para escribir las vulgaridades que por clasificación les corresponden.

Jamás he sentido la vocación de personaje. Y como cada loco tenemos nuestro tema, mi manía consiste en no representar a nadie. Ni aun a mí mismo.

Pero quieren ustedes enaltecer a Zaragoza con el extraordinario de LA MONARQUÍA que dedicarla piensan, y mi gratitud de zaragozano es más fuerte que mis escrúpulos.

Hay dentro de mi ciudad tantos que la maltratan, que servir y complacer a los que de fuera vienen a enaltecerla es un deber que obliga con imperativo categórico.

¿Lo quiere usted? Sea. Ya tiene mi cuartilla. Una cuartilla más rica en desenfados que en aliño, pero cuartilla al fin.

Le estrecha afectuosamente la mano su compañero y amigo,

Juan José Lorente.
Director del Diario de Avisos de Zaragoza.

Chocolates de Joaquín Orús
recomendados por su calidad.

Tesifonte Gallego, en Zaragoza.

Nuestro muy querido amigo el director general de Agricultura, D. Tesifonte Gallego, entregó a nuestro redactor secretario en el banquete con que fué obsequiado Gasset en Zaragoza unos renglones redactados en el tarjetón del menú.

Dicen así:

«Mañana, la gran fiesta franco-española en la corte; hoy, la gran fiesta de los intereses materiales en Zaragoza. En aquella, se afirmará el porvenir de España ratificando sus amistades con un gran pueblo hermano; en ésta, se afirma la reconstitución de la Patria por el trabajo.

Asistimos, pues, a dos espléndidas manifestaciones de la vitalidad del país, que hacen concebir siempre esperanzas a los buenos ciudadanos.

Tesifonte Gallego.»

Zaragoza, 3 Octubre de 1913.

UNA CARTA

Sr. D. Benigno Varela.

Mi distinguido amigo: Me pide usted llene una cuartilla.

Lo haré con una sola palabra. MONARQUÍA. No la ha de llenar, si ella sola representa el orden, la paz y hace bondadoso el poder; si ella sola llena las más brillantes páginas de nuestra historia patria!

Tanto es así, que después de pronunciada, sólo cabe descubrirse y estrechar a usted la mano, como hace con gusto su devotísimo,

José Francés.
Secretario del Gobierno Civil.

Zaragoza, 2 Octubre 913.

NOTAS RIVADENSES

La despedida del veraneo

El delicioso clima que aquí se disfruta unido a la belleza de los paisajes y a las distracciones que proporcionan los festejos organizados por los ribadenses en obsequio de la colonia forastera, más numerosa este verano que en todos los precedentes, han atraído a Ribadeo numerosas familias del interior, entre las que estuvo dignamente representada la capital de la Monarquía, que ha enviado este año un contingente tan numeroso como distinguido, según ya indicamos en crónicas anteriores.

Concurridísimas se han visto las extensas playas de Reinante y San Miguel y las de Cabanella, Mirasol, Arenas, Puerto Estrecho y Aguadoce, en Ribadeo, y las excelentes de la inmediata costa asturiana de la ría del Eo.

Las vías de comunicación son relativamente rápidas, cómodas y económicas, puesto que desde las estaciones de Lugo,

dinariamente, y para ella han sido, principalmente, los encantos de los innumerables bailes en los Centros recreativos y las verbenas y paseos variadísimos que se celebraron. Por cierto que entre éstos han llamado la atención de los forasteros y merecido alabanzas aquellos en que las señoritas lucieron vistosos mantones de Manila y el típico traje de aldeana gallega.

Hubo magníficas sesiones de fuegos artificiales en la bahía, muelle y alameda.

Todas las solemnidades religiosas estuvieron brillantísimas, y nos dieron ocasión de escuchar palabras tan elocuentes como las de los padres Coloma, sacerdote jesuita, y Gaité, comendador de los Mercenarios de Sarria.

Sorprendentes y de efectos fantásticos resultaron las iluminaciones, especialmente la de la fiesta roja. Millares de lámparas eléctricas y de farolillos y focos de arco voltaico lucieron en los paseos, plazas, muelle y principales calles.

Todos estos festivales comprendieron, como hemos anunciado en una de nuestras anteriores correspondencias, el pe-

GRAN BAZAR X

EL MAS IMPORTANTE DEL NORTE DE ESPAÑA

27, COSO, 27.—ZARAGOZA



NO LEA V. ESTO

Todo el que toma café
y chocolate Piazuelo,
si es mudo, recobra el habla,
si es calvo, le crece el pelo.

¡CUIDADO!

Vajillas, filtros y Juegos de
Café á mitad de su valor.

15, CERDAN, 15.

Drogas y Ferretería.—Mendez Núñez, 21.—ZARAGOZA.

Rábade y Baamonde a Ribadeo se invierten poco más de tres horas en magníficos omnibus automóviles.

Los aficionados a los deportes han tenido ocasión de presenciar reñidos «matches» de «foot-ball» entre el equipo del Club local y el de la floreciente villa asturiana, Luarca; concursos de tiro de pichón, al que han concurrido notabilísimos tiradores de Galicia y Asturias, disputándose valiosos premios; experiencias de aviación por el intrépido Garnier, que cautivó a la muchedumbre con sus inimitables vuelos y sus maravillosos aterrizajes, y regatas interesantísimas, en las que tomaron parte embarcaciones de Ribadeo y de otros puertos cercanos.

A la música se ha rendido también brillantísimo tributo; aquí estuvo, a principios de temporada, el aplaudido Orfeón Gallego, de Lugo, que fundara el inmortal Montes; la laureada rondalla ferrolana «Airiños d'a miña terra» ha constituido la nota más saliente de los festivales, y para gustar de las exquisitas de las obras que de manera inimitable interpreta, se ha llenado por completo el teatro en los dos conciertos celebrados, y por último, el maestro Latorre nos ha presentado la banda municipal en condiciones insuperables de afinación y justeza de interpretación del vasto repertorio ejecutado durante la temporada.

La gente joven se ha divertido extraor-

riado de tiempo que media entre el 15 de Agosto y el 9 de Septiembre.

Lástima que la lluvia hiciese deslucir algunos de los más interesantes números del programa de festejos.

De todas suertes, los numerosos veraneantes que a Ribadeo acudieron han quedado satisfechos de su estancia en esta hermosa y hospitalaria villa, y, seguramente, que al regresar a la corte y demás pueblos del interior harán la justicia de reconocer que Ribadeo reúne condiciones inmejorables como estación veraniega y serán eficaces propagandistas de las bellezas de los paisajes, de la benignidad del clima y de las comodidades y distracciones que en la época estival ofrece a los forasteros.

Y con estos alicientes bien puede afirmarse que la afluencia de gentes será aún mayor en años sucesivos.

A. P. M.

Planchado

alemán

Para cuellos, puños y camisas.

Fuencarral, 103

Central: Montera, 4.

SUCURSALES

Carranza, 13.
Serrano, 8.
Claudio Coello, 62.
Fuentes, 1.
León, 37 y 39.

Embajadores, 8.
Libertad, 14.
Plaza de la Cebada, 11.
Caballero de Gracia, 56.
Huertas, 16 y 18.

Santa Engracia, 47.
Mayor, 51.
Augusto Figueroa, 16.
Reyes, 10.
San Bernardo, 22 y 27.

Sucursales en Zaragoza

Coso, 66 (Central).—Coso, 126.—Don Jaime I, 35.
Paseo Sagasta, 5.

DE SOCIEDAD

Han ingresado en la Escuela de Bellas Artes de Madrid nuestros queridos amigos los jóvenes artistas señores Domínech y Rubín, pintor y escultor respectivamente, y ambos verdaderas esperanzas del arte nacional.

Nuestra cordialísima enhorabuena.

La Prensa francesa comenta el viaje.

Los periódicos franceses, en sus comentarios se regocijan de la calurosa y entusiasta acogida de que ha sido objeto M. Poincaré por parte de la población madrileña.

Le Petit Parisien declara que la fraternidad latina se expresó con un ardor indecible.

Dice L'Aurore que la amistad franco-española ha quedado sellada por los brindis pronunciados, y agrega que los votos formulados por ambos jefes de Estado serán el preludio de cordiales relaciones, provechosas para ambos pueblos, dejándoles en completa libertad de acción.

El Gil Blas hace constar que los brindis expresan cuán potente es la corriente de simpatía que une dos lazos hermanos por la sangre, el valor y el espíritu y que sus intereses conscientes impulsan a unirse en una «entente» amistosa y una colaboración fecunda.

La Lanterne pide a Francia que tienda fraternalmente las manos a España latina, pero libre de todo lazo que pueda contrariar en Europa nuestros legítimos intereses.

Le Gaulois se felicita de que los hombres de Estado y los periódicos no pronuncien una palabra de alianza, y dice: «Su prudencia les honra y atrae nuestra confianza. España es dueña de sí y se vigila, así Francia conversará mejor con ella.»

Excelsior nota con júbilo el éxito de esta otra «entente cordiale» de la República francesa, y, hablando de la conclusión eventual de un Tratado de comercio, pide a ambas naciones que no avancen sino con prudencia, pues un ligero tropiezo puede comprometer y derribar el edificio laboriosamente edificado.

Le Temps hace constar que en el momento de la llegada a Madrid, los corazones fraternizaban verdaderamente en conciencia de una amistad sincera, reflexionada y provechosa.

Advierte, además, el acento de gravedad conmovida y muy impresionante del brindis del Rey, y observó que las palabras porvenir, intimidad y buena entente, cada día más cordial, son palabras de gran alcance sin equívoco posible.

Añade por último, que el saludo de la Francia entera hace eco al que su primer magistrado hace a España.

GRANDES TALLERES

DE
CARPINTERIA Y EBANISTERIA
DE

JOSÉ GONZÁLEZ

PASEO DE LOS PLÁTANOS

SUCURSAL

INDEPENDENCIA, 26.

LA ARGENTINA

Gran Peluquería de Señoras.



General Castaños, 15.

Recomendamos el Bisoñé Argentina.

Postizos de gran fantasía.

Pelucas y transformaciones de rizo natural.

Se tiñe, se lava y se peina á domicilio.

SUSCRIPCION

MADRID Y PROVINCIAS

Semestre..... 2,60 pesetas.

Año..... 5,00

EXTRANJERO

Año..... 18 francos.

A LOS VENDEDORES Y CORRESPONSALES. 25 EJEMPLARES 75 CENTIMOS

Número atrasado 10 céntimos

La Monarquía

Director-Propietario: BENIGNO VARELA

REDACCION

Y ADMINISTRACION

RECOLETOS, 2 DUPLICADO

TELEFONO 3.415

APARTADO 408

LOS GIROS A CARGO DEL SUScriptor

TARIFA DE ANUNCIOS EN LA ULTIMA PLANA

PAGOS ADELANTADOS

SE PUBLICA LOS SABADOS

Número del día 5 céntimos

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Eduardo Dato.

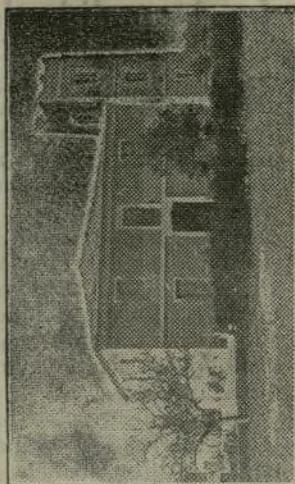
- » José Sánchez Guerra.
- » Conde de Romanones.
- » Conde de Albay.
- » D. Augusto González Besada.
- » Julio Burell.
- » Conde de Esteban Collantes.
- » Barón de Sacro Lirio.
- » Conde de San Luis.
- » Marqués de Almanzora.
- » Marqués de Mirasol.
- » Marqués de Torralba.
- » General D. José Casanova.
- » D. Gabriel Maura.
- » D.ª Sofía Casanova.
- » Sr. D. Isidoro Bugallal.
- » Antonio Rojo Villanova.
- » Miguel de Unamuno.
- » Manuel Bueno.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. vecino
de provincia de
que vive en la calle núm
desea suscribirse á LA MONARQUIA por un
Hoy de de
Firma del suscriptor.

NOTAS.—1.ª Los boletines deben venir acompañados de su importe, remitido por medio de libranzas de la Prensa ó letra del Giro. No se admiten sellos de correo.
2.ª A los que se suscriban por un año se les remitirá la obra de Benigno Varela, CUARTILLAS PARA MI REV, enviando por el Giro Postal 1,50.

Escuelas Internacionales por Correspondencia



HERMOSA FINCA PROPIEDAD DE LA INSTITUCION
Laboratorios - Analisis - Campos de cultivo y experiencias
Ingenieros electricistas
Ingenieros Mecánicos
Ingenieros Agrícolas
Profesores Electroliticos
IDIOMAS: Privilegio exclusivo con patente num. 48.482
Numeroso profesorado escogido é inteligente

INGENIERO DIRECTOR
JULIO CERVERA BAVIERA
Fundador en España del sistema de enseñanza por Correspondencia
Sr. D. JULIO CERVERA BAVIERA
INGENIERO
Apartado 66
VALENCIA
Para informes, detalles y matriculas dirigirse al Sr. D. de la siguiente manera:



PIANOS
C. BECHSTEIN
RECONOCIDOS

POR LOS MEJORES
PLEYEL. GAVEAU
CHASSAIGNE FRERES
FOSTER. BORD

AUTOPIANOS
TRIST KNAKE
Unico aparato que por sus excepcionales condiciones de inmejorable funcionamiento resulta el más artistico.

AUTOPIANOS
KASTNER Y TENS
DE LONDRES

AUTOPIANOS
HOWARD DE NEW YORK
LOS MAS

PERFECTOS ENTRE
SUS SIMILARES
AUTOPIANISTA MELODISTA
CHASSAIGNE FRERES
con acentuación neumática.
Precios desde 2.000 pesetas

PIANOLAS-MUSICA MECANICA ABONO Y VENTA
VENTAS AL CONTADO Y PLAZOS
ALQUILERES, REPARACIONES, EMBALAJES

PIANOS ELÉCTRICOS
CASA HAZEN

CENTRAL: FUENCARRAL, 55
Sucursal: San Bernardo, 1.
MADRID
FUNDADA EN 1814. TELÉFONO, 1424



MINIMAX

Extintor de incendios Proteger con él vuestras

FINCAS GARAGES COCHERAS

Paseo de Recoletos, 8 :: MADRID
Ayuntamiento de Madrid